

# la imagen del español entre los dos siglos XIX y XX

MANUEL TUÑÓN DE LARA

**P**RETENDER tan siquiera situar lo que fueron o lo que creyeron ser los españoles de tiempos de la Restauración, del «gozne» histórico del 98 y de la infancia del siglo es apuntar a un blanco demasiado alto, con la certeza de no alcanzarlo. Es empresa que (más todavía por su complejidad que por su extensión) desborda los límites de un trabajo como éste. Partimos, pues, resignados de antemano y previniendo al lector de que si persiste en seguir adelante sólo encontrará un sumario o programa de temas apuntando, con mayor o menor fortuna, a su planteamiento.

Por añadidura debo confesar que el tema es ambiguo, especie de terreno movedizo, tan propicio a perder pie como a atascarse. Porque, en primer lugar, parecería aconsejable, más que inquirir *qué son* los españoles en tal o cual época, *cómo son*. Y, probablemente, para encararse con tal pregunta habría que eslabonarla con otras: ¿qué hacen?, ¿qué tienen y de qué carecen?

Hay, además, dos ópticas: la imagen que se hacen de sí mismos los españoles de la época y el concepto que pueda hacerse por el historiador setenta u ochenta años después. Porque no está de más recordar aquello que decía don Pedro Dorado Montero: «Aprendamos, por consiguiente, a juzgar de las gentes y a las gentes no por lo que dicen o escriben (que esto será juzgar las ideas que expresan, no su conducta), sino por lo que hacen».

Sin embargo, la doble óptica sigue vigente, porque si, por un lado, nos interesa conocer la realidad de los españoles de entonces a través de su comportamiento, por otro nos interesa igualmente el fenómeno «ideológico» de qué imagen se hacían de ellos mismos.

Sin embargo, lo que más nos preocupa es la posible trampa que encierra esa idea «unanimista» de los españoles. La innegable realidad de rasgos comunes a todos los hispanos no puede servir para difuminar la realidad múltiple y contradictoria que se esconde bajo ese denominador común. Se trata de una evidencia de la historia social que

para nada sirve negarla. A la vez, la historia socio-ideológica nos enseña que el comportamiento y también la imagen que los españoles tienen de sí mismos pueden ser más o menos unánimes según los períodos históricos. Cuando, por ejemplo, la hegemonía «aristocrático-terrateniente» (expresada en la «ideología» del bloque de poder terrateniente-alta burguesía formado en la Restauración) se ejerce en la mayoría de capas de la sociedad («bloque histórico», según la concepción gramsciana, que no hay que confundir con bloque de poder; este es una entidad estructural y aquél una entidad ideológica).

La ruptura de la hegemonía va a expresarse en la coyuntura del 98 y, consecuentemente, la imagen de los españoles será cada vez menos «unanimista». El «problema España» y el de los españoles se plantearán con fuerza a partir de ese momento.

¿Qué hacer? De dos maneras podemos acercarnos a nuestro tema: primero, compulsando el comportamiento y la autodefinición de los españoles ante ciertos hechos fundamentales que marcan la época. Segundo, en función de lo anterior, esbozar una tipología de imágenes de los españoles de la época y, si fuera posible, de la realidad de esos españoles.

Una vez asentado el sistema canovista de la Restauración hay que decir que los valores tradicionales siguen dominando la idea que se tiene del español: idea anclada en tradiciones épicas de una sociedad guerrera y de moral tan rigurosa como externa a la que podemos distinguir con el nombre de «tridentina». Un Galdós, que en su obra juvenil había exaltado el patriotismo tradicional de los españoles y su vertiente contradictoria (querrela ideológica entre los españoles), ahonda en la expresión literaria de la sociedad; en cambio, no revisa los rasgos típicos del español: Villamil-Miau e Isidora Rufete simbolizan el quijotismo de los españoles, soñadores sin base en la realidad a los que apedrearán los primeros arrieros del camino. Si en un artículo de 1893 cree don Benito que el mal de los españoles es pelearse entre sí al día

## la imagen del español entre los dos siglos XIX y XX

siguiente de conquistar un régimen de libertad, a primeros de 1886 le vemos integrado en el sistema y diputado por Puerto Rico (con dieciséis votos) en el «encasillado» de Sagasta. Período es este en que divergen la obra creadora de Galdós y sus ideas sobre la coyuntura política. Ya se le ha visto cuando el conflicto con Alemania sobre las Carolinas (septiembre de 1885) reaccionando así: «Las Carolinas han sido siempre nuestras y seguirán siéndolo mientras nos quede un aliento con que proclamar nuestro derecho» (1). Y razonando en términos como el siguiente: «El indígena filipino es nuestro en cuerpo y alma» (2).

Este reflejo de la estimativa imperial de otros tiempos es compartido por la población de Madrid y otras ciudades de manera estentórea.

Que las ideas políticas caminan más aprisa que las mentalidades lo prueba fácilmente aquella época en que quienes representaban la oposición no ponían en tela de juicio el tradicional enfoque axiológico del español. Leopoldo Alas (Clarín) escribe en 1893 que «en la lengua castellana late un genio nacional, que se encarna singularmente... en Zorrilla y en Castelar» (3). Y, sin embargo, es el mismo Clarín quien arremete contra «el patriotismo arqueológico», meses antes, a propósito del muy oficial Congreso conmemorativo del IV centenario del descubrimiento de América.

En verdad, los primeros síntomas de resquebrajamiento del tópico «unanimista» sobre los españoles se dan ya en aquellos tiempos en sectores minoritarios: el del movimiento obrero y el de los intelectuales krausistas (o de la Institución más exactamente).

### «INSTITUCIONISMO» CONTRA TRIUNFALISMO

Los informes orales y escritos a la Comisión de Reformas Sociales (1885) ponen al desnudo que el bajo nivel de vida condiciona el comportamiento de un inmenso sector de españoles: los trabajadores manuales de la ciudad y del campo. Allí mismo el informe escrito de la Institución Libre de Enseñanza hace radicar la situación de los españoles obreros en la insuficiencia de la educación. Ello nos lleva a la postura «institucionista», profundamente crítica ante la mitología «triumfal-conformista» sobre los rasgos que definen al español. El «hombre total» que pretende formar la Institución es «el ciudadano digno de una gran patria... de un pueblo como el nuestro», según decía don Juan Uña en la apertura del curso 1882-1883. Contra lo que algunos han supuesto, la obra de la Institución, y muy particularmente de Giner, está enmarcada por lo que el padre Iriarte ha llamado «su devoción a España» (4). Sus alumnos, según decía el Boletín de la Institución, «practicaban largas caminatas..., visitan y estudian monumentos y obras de arte, minas, fábricas, puertos, faros; estudian sistemas de cultivo, extracción de minerales y elaboración de primeras materias; se ejercitan en el difícil arte de observar y en el trato de diversas clases sociales» (5). Ahí estaba ya el germen de la *impugnación* llevada a cabo por

un sector o clase social que no podría seguir identificándose con una «ideología» arcaica.

En 1890 tienen lugar las primeras manifestaciones del 1 de mayo y la huelga general de Bilbao; en 1893, la candidatura de los republicanos unidos ganaba las elecciones a Cortes por Madrid; en 1895 comenzaba la guerra de Cuba; en 1892, los campesinos habían marchado sobre Jerez; en 1896 se votaba la ley contra el anarquismo (atentados y represión sensibilizaban a la opinión).

La crisis germinal de la hegemonía ideológica se observa en una personalidad tan acusada como la de Galdós; en 1890 es su artículo sobre el 1 de mayo; en 1895, «Nazarín». Ciertamente, el símbolo del español que se define porque lucha por una causa tan justa como irrealizable sigue siendo el Quijote. Nazarín, además de figura premonitrice, es quijotesco, pero en el simbolismo galdosiano; al ser conducido a Madrid entre la pareja de guardias, significa ya la oposición entre *español típico* y *poder instituido*.

Que el español de la base social se va divorciando de la organización estatal lo confirma también, por ejemplo, la condesa de Pardo Bazán, al comentar que «el campesino teme a la ley»... «Ese labriego —dice doña Emilia— que acaba de romper a palos la cabeza de otro, que acaba de empujarla a tiros con la Guardia Civil, tiembla ante el papel sellado... El labriego no sabe leer ni escribir, aunque haya ido a la escuela; para él es terrorífica la organización del Estado».

En el decenio de los años 90, el criticismo hasta entonces minúsculo despliega el vuelo; muchos intelectuales critican al bloque de poder, su práctica y su «ideología»; unos rompen con él, otros se ponen a distancia.

Cronológicamente puede partirse del replanteamiento de lo español que hace el ingeniero Lucas Mallada en su libro «Los males de la patria», publicado en 1890, probable punto de referencia para dar partida de nacimiento al *regeneracionismo*. Mallada, que, como bien es sabido, sostiene la tesis de la pobreza de nuestro suelo y hace una crítica del atraso económico, de la administración y de los partidos, se lanza a revisar sobre nuevas bases la debatida cuestión del *carácter nacional* de los españoles. Según Mallada, los españoles padecen de cuatro defectos capitales: la fantasía, la pereza, la ignorancia y la rutina. Como se ve, el prototipo «quijotesco» es atacado en toda la línea. Tiempo tendremos de volver sobre el asunto al referirnos a la tipología.

Si en apariencia el libro de Mallada no tiene gran difusión, no hay que olvidar que ese mismo año 1890 Joaquín Costa se reinstala en Graus y apenas dos años después está en marcha la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Cinco años después (1895) se publican las «Notas sociales» de Martínez Ruiz, empieza Ramiro de Maeztu sus artículos, un joven catedrático, afiliado al socialismo entonces, Miguel de Unamuno, llama la atención con los suyos; el 29 de octubre, el estreno de «Juan José», de Joaquín Dicenta, fue como un estallido en el «orden moral» de la época, y el grupo de la revista *Germinal* aglutinaba, aunque transitoriamente, a Dicenta, Felipe Trigo, Blasco Ibáñez, Valle-Inclán, Verdes Montenegro, Urbano González, etcétera, en un radicalismo crítico, estación de tránsito, en muchos de ellos, para otras

(1) Galdós: «El conflicto hispanoalemán», 4 de septiembre de 1885.

(2) Galdós: «La razón de los fuertes», 29 de octubre de 1885.

(3) Leopoldo Alas, «Clarín»: «El teatro de Zorrilla», 7 de febrero de 1893.

(4) «Razón y fe», núm. 781, febrero 1963.

(5) «Boletín de la Institución Libre de Enseñanza»: «Excursiones fuera de Madrid». 1881. Pág. 86.

actitudes. Lo evidente era que la imagen del español quijotesco y heroico, pobre y caballeroso, asido a los valores de una tradición épica, había entrado en crisis, es decir, que varios núcleos de intelectuales se desgajaban de esa estimativa tradicional y llegaban a comunicar con un público —a veces relativamente extenso— esa postura crítica.

Hay visiones que ya son fundamentales: Unamuno no cree entonces en el Quijote, sino en la europeización: «España está por descubrir, y sólo la descubrirán los españoles europeizados». El 10 de marzo de 1895, apenas empezadas las hostilidades en Cuba, publica Unamuno su artículo «La Patria» en *La lucha de clases*, de Bilbao, en el que se dice ásperamente: «¡Cuántos infelices han ido al nombre de la patria a morir defendiendo el predio del amo mismo que les esquilma!» En el mismo tono escribe Maeztu.

*El Socialista*, entonces semanario, emprende la campaña contra la práctica establecida de eximirse del servicio militar (y de ir a la guerra, en este caso) mediante pago directo en metálico o, indirectamente, pagando a un «sustituto»; su lema es: «¡O todos o ninguno!». «Allá van sólo los desheredados —escribe—; allá van unos hombres arrancados a viva fuerza al seno de sus familias para combatir a unos soldados voluntarios que levantan bandera separatista; allá van los esclavos blancos a combatir a los esclavos negros».

No hay que pensar, por lo antedicho, que críticas y protestas habían creado una nueva actitud colectiva. Salvo las familias afectadas y los sectores sensibilizados, de extensión limitada, los españoles parecían alzarse de hombros ante los hechos o ignorar su alcance. El peso de la mentalidad implantada sobre las cualidades bélicas, etcétera, del español les cegaba enteramente. Se observará que incluso los socialistas planteaban la cuestión desde el punto de vista *social* de los españoles mismos, pero no desde la óptica internacionalista que les llevase a comprender «desde dentro» el problema cubano (análoga postura observarán más tarde, la mayoría de las veces, al tratarse del problema marroquí).

Las actitudes señaladas conducían, directa o indirectamente, a revisar la imagen estereotipada del español, establecida por una larga hegemonía «ideológica». Pero sin romper con la clase hegemónica surgen revisiones críticas muy dignas de tener en cuenta. Nos referimos, sobre todo por su larga repercusión en el tiempo, a la obra de Angel Ganivet y fundamentalmente a su «Idearium Español».

Ganivet tiene conciencia de la crisis, pero una conciencia «nostálgica». «Todo el progreso moderno —dice— es inseguro, porque no se basa en ideas, sino en la destrucción de la propiedad fija en beneficio de la propiedad móvil» (volver a los tiempos anteriores a la desamortización).

Enaltece el trabajo, pero el artesanal. Con Ganivet volvemos al «quijotismo»; el español «es enemigo de la ley y defensor de la justicia», etcétera, etcétera. De entrada, y sin apenas proemio, Ganivet decide lo que *es* español. Y parte para ello de Séneca (hombre de civilización romana, mucho antes de que existiesen las nacionalidades). Ser español es ser estoico, pero al final concluye —signo de su tiempo, ya menos senequista— de-

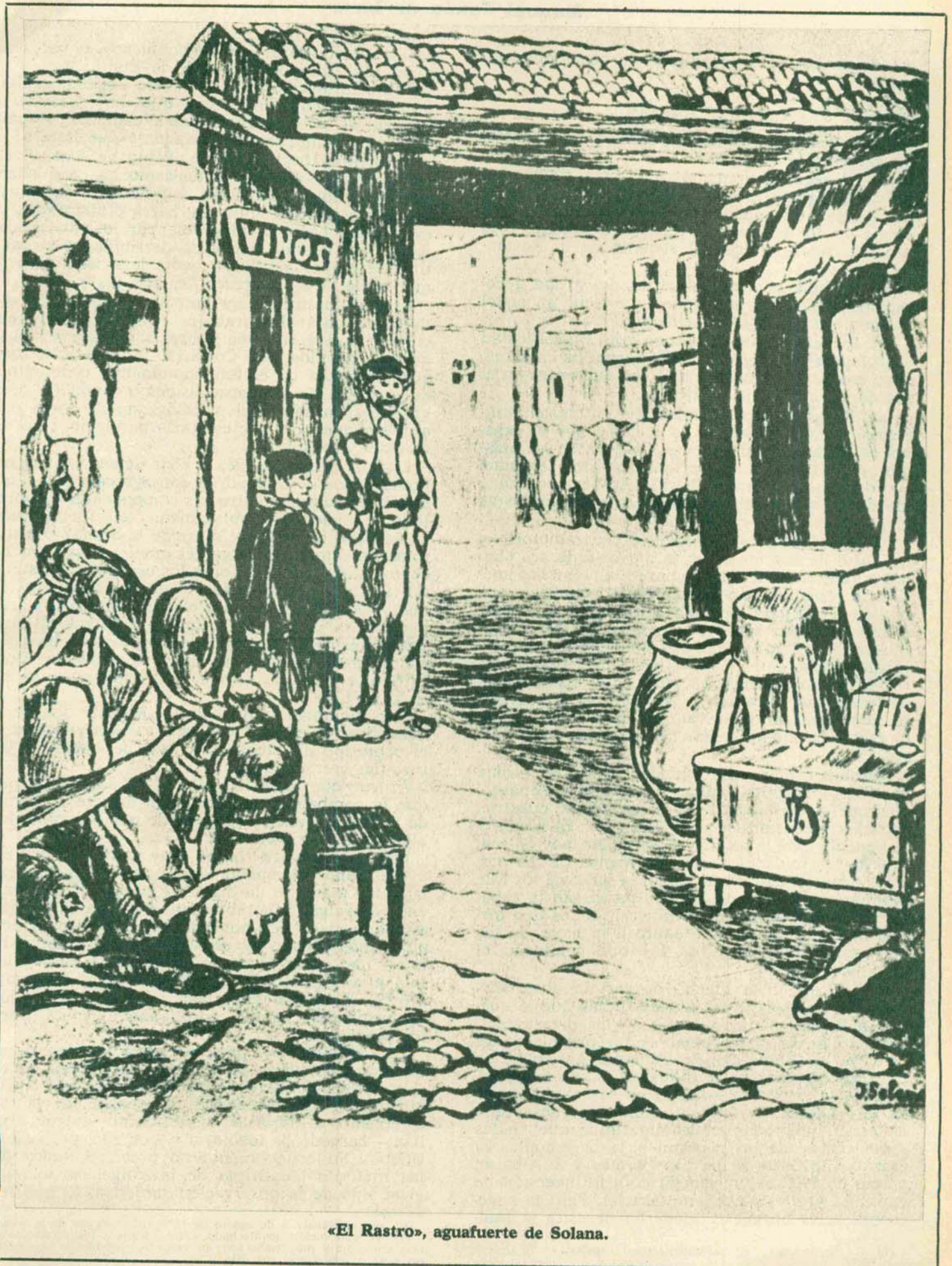
finiendo el «padecimiento que los españoles sufrimos»: «no querer»... «aboulia», extinción o debilitación grave de la voluntad. Y ya está ahí encerrado todo lo que se atribuye al 98, lo de Azorín, Unamuno, Baroja... Y también «la pereza» de Mallada. Pero Ganivet, en crítico vuelo de águila sobre la Historia, es el primer «ensayista» de los tiempos contemporáneos, mientras que Costa —como antes Garrido— es el primer sociólogo (enfoque que, con todos sus pesimismo, es también el de Mallada).

Pero los ensayos de Ganivet no pueden apartarnos del hecho-clave para explicarse la España y los españoles de fines del XIX: en Cuba, Weyler y su «reconcentración» podían tranquilizar momentáneamente a los gobernantes de Madrid; en puridad, nada resolvía. La terrible mortandad —más por enfermedades que por muertos en combate— acrecentaba la inquietud en ciertos medios populares españoles. En la primavera del 97 se señalan los primeros motines y alborotos de soldados que se niegan a embarcar, de madres y novias que protestan...

El primer aldabonazo es la explosión del «Maine» y la intervención descarada de Estados Unidos y la declaración de guerra del 21 de abril de 1898. Hay que decir que el Gobierno español, al responder al ultimátum con la ruptura de relaciones (pasaportes al embajador Woodford y salida de Washington del embajador español) se comportaba con arreglo a la escala de valores clásicamente española y quijotesca. Pero también había «quijotismo» en el otro sentido: desconocimiento de las realidades nacional e internacional, de la correlación de fuerzas e incluso del estado de ánimo nacional. Chin-chines y alharacas de belicismo de retaguardia surgieron por doquier en lugar de una toma de conciencia de la gravedad del momento. La musiquilla fácil de una zarzuela, «La marcha de Cádiz», presidía manifestaciones superficiales; el hombre de la calle creía que «se iba a tomar Nueva York», que nuestra flota era superior a la de Estados Unidos y que, si acaso no lo fuera, bastaba con el coraje de nuestros hombres. La mentalidad de todo un siglo, con raíces aún en la sociedad del siglo XVI, iba a dar sus tristes frutos. Periódicos y revistas alentaban esa mixtificación; proliferaban los relatos y cuentecillos de acciones heroicas, de antes o del momento, cuya moraleja era que bastaba con el valor de nuestros hombres para obtener la victoria (6).

En menos de tres meses se desplomó el mito de siglos: Cavite y Santiago probaron el anacronismo de una imagen del hombre español que procedía de una época en que el valor individual del hombre de armas lo decidía todo. Sin duda, la mentalidad en que se sustentaba la idea tradicional del español no podía cambiar de la noche a la mañana. Pero la pérdida de las últimas colonias, el 98, como suele llamarse, era como un fulminante aplicado al criticismo que hemos visto existía

(6) En el manifiesto del PSOE, publicado en «El Socialista» de 6 de mayo de 1898, podemos leer: «Por el verdadero patriotismo, por el bien del país, que es lo que debe mover a los habitantes de un pueblo, no han vuelto más que Pi y Margall y una parte de sus adeptos, y el partido socialista. El jefe de los federales ha puesto por encima de todo la paz, que es lo que conviene a España, y nuestro partido ha hecho lo propio, declarando sin ambages ni rodeos que si para lograr aquella era necesaria la independencia de Cuba, a la independencia debía llegar».



«El Rastro», aguafuerte de Solana.

en los medios ya separados de la hegemonía oligárquica.

### EL 98 Y SUS CONSECUENCIAS

El 98 suscita distintas reacciones críticas que es conveniente clasificar:

a) El regeneracionismo que toma cuerpo en un vasto movimiento de burguesía media a través de la Liga de Productores y la Unión Nacional; a partir de ahí se abre un verdadero proceso a la práctica socio-política del sistema de la Restauración.

b) Actitud de revisión crítica del grupo generacional de escritores jóvenes que tiene en aquel momento cierta homogeneidad.

c) Evidentemente, tiene una gran especificidad y protagonismo el grupo de la burguesía catalana, cuyo examen dejamos de lado, ya que entra en el marco de un trabajo particular.

Los libros de Picavea e Isern acentúan el criticismo, la nota pesimista, la idea de que el español es un hombre decadente. Critican el caciquismo, pero también el parlamentarismo, porque, como más tarde (en 1923) dijo Azaña, «por encima de la cabeza del cacique, esos propagandistas disparan sobre los ciudadanos».

Joaquín Costa, con frecuencia contradictorio y tan falto de sistema como la mayoría de sus contemporáneos, tiene, sin embargo, el inmenso mérito de replantear en la coyuntura post-98 la crítica de la sociedad española, que condiciona, naturalmente, cómo son los españoles de la época. Basándose en los principios enunciados por Azcárate mucho antes (7), sostiene que España está regida por oligarcas y caciques, que los partidos de turno han fracasado y, lo que más nos interesa, destroza los viejos valores en que se cifraba lo español e intenta echar las bases de otros nuevos:

«Deshinchemos esos grandes nombres —dice en 1901—: Sagunto, Numancia, Otumba, Lepanto, con que se envenena a la juventud en nuestras escuelas y pasémosles una esponja... El honor y la seguridad de la nación no se hallan hoy en manos de los soldados; están en manos de los que aran la tierra, de los que cavan la viña, de los que plantan el naranjo, de los que pastorean la cabaña, de los que arrancan el mineral, de los que forjan el hierro, de los que equipan la nave, de los que tejen el algodón, de los que conducen el tren...».

Pero Costa dista mucho de ser un obrerista: «Los obreros son ya las únicas Indias que le quedan a España —dice—, ¡que no las pierda también!». La Unión Nacional es un organismo de Cámaras de Comercio, de Cámaras Agrícolas, de Círculos Mercantiles e Industriales, de fabricantes... es la expresión —fallida en sus propósitos— de la rebeldía de todas las capas burguesas que no están integradas en la oligarquía, que, liadas a las clases medias, aspiran a la hegemonía. El escrito que Costa firma con Paraíso y S. Alba en marzo de 1900 es un panegírico a la inversión de capitales y al esfuerzo empresarial. Pero la hegemonía de la burguesía moderna necesita la ex-

tación del trabajo y el conocimiento de las técnicas (que tampoco descuidó la Institución).

También Maeztu en «Hacia otra España» exalta la industria del litoral, y dice que «hay que industrializar no sólo la ciudad, sino el campo»... «crear un mercado de consumo suficiente», etcétera.

Y un industrial moderno, Pablo de Alzola, escribía en 1899: «¿Qué entusiasmo ha de quedar a los españoles que vivían engreídos en sus muy discutibles glorias militares, hartos desfigurados y exagerados hasta la hipérbole por los novísimos jaleadores, cuando han visto derrumbarse el castillo de naipes artificioosamente levantado al primer soplo de los mercachifles yanquis?» (8).

La carga pesimista era, empero, más fuerte. Basta con repasar los trabajos enviados al Ateneo cuando la Información sobre Oligarquía y Caciquismo dirigida por Costa. El escepticismo pequeño-burgués da el tono dominante, cuando no es la utopía de la educación como condición previa indispensable o el psicologismo de corte positivista que cree ver estigmas patológicos en el carácter español.

Los del grupo del 98, si bien tienen los rasgos homogéneos de la edad, la consagración a la literatura, el contacto entre sus componentes y sobre todo de un sentido implacablemente crítico («iban en contra», ha escrito Gómez de la Serna), pronto tomarán caminos divergentes que les lleven a conceptos hartos diversos sobre los españoles. Unamuno, tras no pocas luchas íntimas, acaba proclamando «la eterna y universal humanidad del español»; da la espalda a Europa y abraza al Quijote. El español quijotesco, el de la «santa locura» y el primado de lo afectivo será su prototipo; Don Quijote e Iñigo de Loyola. Seguimos, pues, en el siglo XVI.

Por itinerario muy distinto, Maeztu llegará a identificar lo español con la ortodoxia religiosa y el prototipo de caballero a base de «servicio, jerarquía, hermandad».

Azorín, que también exalta el pasado, y Baroja, que lo combate, coinciden en el defecto nacional de la abulia, criterio compartido por Unamuno en algunas de sus «nivolas».

Machado tomará rumbo muy distinto. Para él, el prototipo del español es el hombre del pueblo; su valor más alto, la dignidad humana («por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Fieles a este principio hemos andado los españoles por el mundo sin hacer mal papel. Digan lo que digan»), basado en una alta estima del par de valores trabajo-pueblo (9). Machado, como más tarde el Valle de los «Esperpentos», rompe con el «unanimismo» sobre los españoles.

El grupo del 98, aparte de su radicalismo juvenil (tan bien visto por Blanco Aguinaga), busca —como ha dicho José Luis Abellán— «una aproximación a los problemas nacionales por la vía estetizante y literaria». «Esteticismo —sigue Abellán— cargado de ideología y, por ello, poco científico... Su conocimiento no proviene nunca de los métodos científicos de investigación sociológica, sino de la observación subjetiva, lo que les

(8) «El Nacional», 1 de agosto de 1899: «El concepto de la raza».

(9) La concepción de Machado sobre España y los españoles es muy compleja y muy elaborada; su verdadera exposición requeriría un ensayo más largo que éste.

(7) G. de Azcárate: «El parlamentarismo español en la práctica». 1885.

## la imagen del español entre los dos siglos XIX y XX

llevará, como veremos, al lirismo y la ensoñación» (10).

Y Abellán nos explica igualmente «la mitología creada por los del 98», que no hace sino recrear la imagen tópica del español: nueva versión del quijotismo, del donjuanismo, de la madre tierra...

Un nuevo problema colonial sensibilizará de nuevo a la opinión nacional en 1909, imbricado esta vez con una violenta protesta social (semana trágica de Barcelona) y con un traspaso de las riendas del poder que pudo haber tenido importancia (de Maura a Canalejas, tras el «intermedio Moret»).

La imagen del guerrero como prototipo del español está ya algo deteriorada. Leopoldo Romeo, director de *La Correspondencia de España*, dice en un artículo fechado el 22 de junio de 1909: «Yo creo, honrada y lealmente, que España y la Monarquía corren riesgos muy grandes *yendo a Marruecos*... ni el patriotismo consiste en corear al buen tuntún la "Marcha de Cádiz", ni el dinastismo se acrisola por decir a todo que sí...».

Tras señalar que no hay comercio exterior, dice: «Antes que pensar en abrir mercados es menester pensar en crear la materia vendible, el producto elaborado, la industria». En suma, valoración de la creación industrial, rechazo de la idea tradicional de guerra. «En Marruecos no sacamos nada como nación». Una voz de importancia que se separa del bloque hegemónico para decir que sus intereses no son los de España.

Una personalidad como Galdós, cuya biografía intelectual y política se puede tomar como paradigma del «despegue» del escritor respecto a la «ideología» hegemónica, se expresa netamente en esa ocasión en su «Carta abierta a la nación española». De su carta-mensaje a Miguel Moya de 5 de octubre del mismo año entresacamos la siguiente invocación al «soberbio león» que acompaña a todas las imágenes de la madre española:

«Considera, león mío, que no sólo eres hoy emblema de ciudadanía, sino del trabajo. Eres fuerza creadora de riqueza, colaborador en la gran faena del bienestar universal; eres la cultura de todos, la fácil vida de los humildes, la serenidad de las conciencias, y, bien penetrado de tu misión presente, destroza sin piedad a los que quieren apartarte del cumplimiento de tus fines».

En toda su obra del primer decenio del siglo, Galdós ha exaltado los valores del trabajo (el del obrero, pero también el del burgués emprendedor) y de la educación. «El caballero encantado», que está escrita entre julio y diciembre de 1909, es un alegato contra la aristocracia terrateniente, a la que considera desleal a la auténtica tradición, y contra el caciquismo, oponiéndoles los símbolos del trabajo y de la educación.

La «nueva» burguesía, que pretende crear y dirigir otro bloque, teniendo la hegemonía del mismo, es un hecho evidente en el segundo decenio de nuestro siglo. Intento más cuajado que el de 1899-1900, tiene sus líneas de fuerza ideológicas en el reformismo, en la Institución, en la corriente que va desde la Liga de Educación Política (1913) hasta la Agrupación al Servicio de la República

(1931) en *El Sol*, etcétera. Aquí nos interesa la irrupción del pensamiento de Ortega a través de la Liga y de su conferencia «Vieja y nueva política» (1914) (11). Ortega relanza con fuerza y adaptado a las circunstancias el tema de «las dos Españas», que tuvo sus orígenes en Feijoo y en Larra y que no era ajeno a Galdós: «Dos Españas que viven juntas y que son perfectamente extrañas: una España oficial, que se obstina en prolongar los gestos de una edad fenecida, y otra España aspirante, germinal, una España vital, tal vez no muy fuerte, pero vital, sincera, honrada, la cual, estorbada por la otra, no acierta a entrar de lleno en la Historia».

Situando la dicotomía al nivel de cada español, Ortega dice: «Todo español lleva dentro, como un hombre muerto, un hombre que pudo nacer y no nació, y claro está que vendrá un día...». (Obsérvese la analogía con «una España que pasó y no ha sido» y con el «Españolito que vienes / al mundo, te guarde Dios...», de Machado, publicado el primero en 1913 y el segundo en «Proverbios y cantares».)

Se trata, en resumen, de una nueva fuerza socio-ideológica que tiende a crear una nueva imagen de los españoles. Del mismo modo que cuando en 1917-18, el PS se plantea ya una opción global para intervenir en los destinos del país, uno de sus hombres más lúcidos, Manuel Núñez de Arenas, plantea que «se ha de precisar un concepto teórico importante: el concepto de internacionalismo referido a la idea de patria. Años enteros, interpretando de modo erróneo unas frases del "Manifiesto comunista", se sostuvo la inexactitud de que el problema nacional no era problema. Se opuso el concepto de internacional al de nacional, no comprendiendo que precisamente de la intensificación y riqueza de contenido del segundo había de depender el primero» (12).

Naturalmente, se estaba ya en presencia de una pluralidad de imágenes no sobre el tipo de español, sino de la vasta tipología de los españoles.

### LA ABULIA O APATIA

Hemos visto que la imagen que se hacen de los españoles unos sectores de ellos difiere notablemente de la construida por otros; el condicionamiento sociológico y el coyuntural conducen a la ausencia de «unanimismo». Y acaso hemos columbrado que muchas construcciones conceptuales «nuevas» dejan subyacente un sustrato de mentalidad que no evoluciona al mismo ritmo que la parte conceptuada de la «ideología». Pensamos que ahora no estaría de más un examen de los rasgos que durante aquel tiempo (desde 1880 hasta 1914, aproximadamente) fueron atribuidos con más frecuencia a los españoles como signos distintivos de su personalidad.

He aquí que los españoles, abiertos los ojos al fracaso (no sólo exterior, sino interior), puesto de manifiesto por la rota del 98, y aun algunos antes de esa fecha, descubren que son apáticos, perezosos, carentes de voluntad, etcétera. Hemos

(10) Abellán: «Comunicación al III Coloquio de la Universidad de Pau». 1972.

(11) Tiene su precedente en la conferencia pronunciada en la Sociedad El Sitio, de Bilbao, en marzo de 1910, donde condena el pesimismo metódico y se pronuncia por un patriotismo del futuro.

(12) Revista «España», 1918. Núm. 190.

señalado a Ganivet como «teórico de la abulia» en vísperas del 98. Pero no hay que olvidar que es uno de los cuatro defectos nacionales que señala Lucas Mallada. El «cientifismo» reinante asimila la vida social a la fisiología humana; incluso Ganivet razona así. El criminólogo Rafael Salillas (formado en el positivismo) busca también la respuesta en «la psicología de las colectividades»; la «vagancia nacional», la «atrofia nacional», en la que comprende a todas las clases sociales, por un fenómeno de ósmosis, se explicaría así por una especie de determinismo biológico que crea «los defectos históricos del carácter español: el autoritarismo y la picardía». Para Salillas, los tipos de españoles se resumen en el caballero y el pícaro, y el «tipo sintético» es el escudero del Lazarillo de Tormes». Sin embargo, en su libro *Hampa*, de 1898, y en su comunicación a la Información del Ateneo (1901), Salillas no considera ya esa tipología como eterna; el vago y el maleante lo es, según él, por hambre. De ahí que se adhiera a la postura costista de «escuela y despensa» para transformar a los españoles. En *Hampa*, Salillas dice: «Nuestra vagancia nacional... se debe, más que a nuestro carácter, a nuestra ingénita pobreza».

Dorado Montero señala también «la pereza» como rasgo esencial, si bien la atribuye más a la ignorancia que a pobreza, con lo cual enlaza con la corriente «institucionista» a la que nos referimos más adelante.

En el plano de la crítica estetizante llama la atención que personajes, fundamentalmente de los escritores del 98, encarnen al tipo del abúlico: Fernando Ossorio del «Camino de perfección» (13) de Baroja, el Augusto Pérez de «Niebla» (1914), de Unamuno (ahí la abulia tiene raíz espiritual, el hastío, y, desde luego, «La voluntad» (1902), de Azorín.

Verdad es que Unamuno no puede incluirse completamente en la lista de los ideólogos de la abulia; muy al contrario, la exaltación quijotesca supone un extremado voluntarismo. En 1914, en un artículo publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, estigmatiza el «horror al trabajo» de los españoles. La crítica de Unamuno no parece formulada así: ideal de voluntad, crítica del horror al trabajo. Pero confesemos que el «¡que inventen ellos!» no parece muy estimulante.

## IGNORANCIA Y EDUCACION

La abulia o apatía (que supone también abotargamiento intelectual), la pereza (simple inacción, aunque exista lucidez) se dan la mano con otros rasgos críticos asignados a los españoles: ignorancia, falta de educación (formación cognoscitiva, estética, moral, ciudadana). Esa crítica ha engendrado, como proyecto de solución, la «utopía educacional». Sin ninguna duda, es la corriente institucionista quien más vigorosamente la representa. Sobre la base de principio dada por Giner y Cossío (éste, en diciembre de 1931, insiste en que lo esencial para que haya una nueva España es que «el español tenga ansia de leer»), Posada irá más lejos diciendo que «la escuela es la llave de la despensa». Altamira, en 1898, dice que nada

se puede transformar mientras no se venza el estado de ignorancia de los españoles. Dorado Montero (también «institucionista», aunque filológicamente positivista, por lo que insiste en el papel de la psicología colectiva española) dice con bríos: «Somos un terreno de secano, árboles bravíos, y los frutos que podemos dar no son otros que Cavites, Santiagos de Cuba, Tratados de París, caciquismo, oligarquía, etcétera...» (14). Hace suya la frase de Posada: «Cada español es un cacique por dentro». Sólo la educación moral lo cambiaría; tarea que asigna a un grupo de personas «tutores de pueblos». Igual que Costa, precede a Ortega en la búsqueda de unas élites.

Del pesimismo positivista, y a través del criticismo de la ignorancia que abre un ligero portillo a la transformación de los españoles por la educación, se llega a una actitud moralizante que aparece como una constante histórica española desde las Cortes de Cádiz. Para los institucionistas, el español necesita, para formarse, educación moral y estética. Se trata, dice Giner en 1880, de «hacer que los jóvenes... adquieran desde temprano esa experiencia que enseña a los hombres a medir sus actos y a comprender lo que vale una conducta inspirada en sanas intenciones y dirigida por motivos racionales». Y treinta años después, en el Boletín de la Institución: «La humana tolerancia, la ingenua alegría, el valor sereno, la conciencia del deber, la honrada lealtad», siguen siendo los supremos valores para formar al joven.

El «moralismo» penetra en el movimiento obrero a través del anarquismo, pero llega también al socialismo en sus albores del XIX. Pero donde se afirma netamente es en un texto de Unamuno, en 1913 (15). Ortega acababa de escribir que hubiera preferido un Alonso Quijano el Sabio a un Alonso Quijano el Bueno. Y Unamuno responde: «... me alegraría que Alonso Quijano se hiciese sabio si pudiera hacerse tal sin dejar de ser bueno, pero la experiencia me ha enseñado que siendo como es español Alonso Quijano, eso es casi imposible».

En fin, desde la perspectiva de una generación inmediatamente posterior, Manuel Azaña recordó en el «Jardín de los frailes» el tipo de español que le proponían en su escurialense colegio: «Mirándolo bien, ¡qué vida regalona nos proponían! El español bueno no tiene que devanarse los sesos: ser castizo le basta». Crítico del 98, lo es del tipo de español que parece representar. «Desde entonces corre por válida la especie de que el ser español es una excusa de la impotencia. Fernando Ossorio y Antonio Azorín son dos tipos de "ratés" que echan la culpa a la raza. (...) El español no acierta a domar ni un instante su orgullo; o se cree investido de una misión providencial o encadenado a una roca por decreto del infierno» (16).

## FIN DE UNA MIXTIFICACION

Ciertamente, un hombre a quien se clasifica en el grupo del 98 evoluciona pronto hacia un sentido

(14) Información del Ateneo sobre Oligarquía y Caciquismo. Madrid, 1902. Pág. 366.

(15) De su ensayo «España y los españoles», publicado en «Hispania», de Londres, el 1 de julio de 1913.

(16) De su artículo en la revista «España», de 20 de octubre de 1923. Obras completas, tomo I. Págs. 557-558.

## la imagen del español entre los dos siglos XIX y XX

nada pesimista del español; ya le hemos citado: Antonio Machado. Coincide en la labor crítica de derribar la mitología de las clases dominantes del XIX; su artículo «Nuestro patriotismo y la marcha de Cádiz» (1908) lo atestigua: «Sabemos que la patria no es una finca heredada de nuestros abuelos, buena no más para ser defendida a la hora de la invasión extranjera. Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente y se conserva sólo por la cultura y el trabajo». El trabajo; pero, según Machado, el hombre del pueblo español no es perezoso. Verdad es que la Castilla que «envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora» pertenece aún al pesimismo noventayochista. Pero pronto tiene una visión dicotómica del español: Don Guido —«¡Oh, fin de una aristocracia!»— por un lado; por otro, «gañanes y braceiros» que trabajan en los olivares. Sin olvidar la carga moralizante que Machado, como institucionista, lleva también en su obra.

Que el español tenga horror al trabajo no es opinión compartida por Galdós ni por Machado ni por Giner, ni por Ortega. ¿Qué significa, pues, ese español abúlico e ignaro, ora pícaro, ora hidalgo (cuando no ambas cosas a la vez), que parece explicar una decadencia hasta entonces desconocida para casi todos los ideólogos? ¿Sentar como dogma la falta de voluntad y la pereza en un momento en que aumenta la producción industrial y se crean empresas, la apatía y falta de voluntad cuando los huelguistas de Bilbao y de Barcelona se mantienen firmes semanas enteras? Hasta el hambre en Andalucía —que, indudablemente, y lleva razón Salillas, frena la acción individual y social— no impide la ola de protestas en 1903.

Por lo general, quienes así escriben, procedentes de medios de la pequeña burguesía, con una carga «ideológica» de la vieja sociedad (independiente de su voluntad), si tienen fuerza crítica, no ven, en cambio, ningún horizonte abierto; la verdad es que no tienen confianza en el hombre español porque no le conocen «desde dentro», en su entraña popular, ni tampoco en la de la burguesía empresarial activa. Los «cirujanos de hierro», por muchos atavíos intelectuales que se les presten, son producto de la desesperanza de esos intelectuales que, negando la hegemonía ideológica tradicional (nobleza terrateniente, que ha integrado en un bloque a la alta burguesía, conservando su hegemonía = ideología), no han encontrado las fuerzas sociales que ofrezcan la alternativa política e ideológica.

Esa alternativa se vislumbra en la corriente institucionista, pero la hipertrofia de lo educativo llega a hacer de ella una corriente ideológica de apoyo a la «otra burguesía», al margen del bloque oligárquico, que aspira a la hegemonía. Nada expresa más cabalmente las aspiraciones de esta clase (o subclase) social como el pensamiento orteguiano. En Ortega sí se da ya el intelectual que ofrece una alternativa de poder y de hegemonía. Como Azaña, que también rechaza la «teoría» de la decadencia inevitable de los españoles. «Mas otra España nace...», dice Machado. ¿Cuál? Para Ortega, la España *germinal* reside en las minorías que romperán con la vieja y tomarán las riendas. Su idea de «organización nacional», de «nacionalizar las instituciones», lleva implícito el proyecto

de un nuevo bloque *histórico* (roto ya y fracasado el de la Restauración), cuyo eje sea esa nueva burguesía. Pero esa fuerza social no es suficientemente fuerte para cumplir esa función. Machado, como Núñez de Arenas, reflejan el ascenso de otra fuerza social ascendente, aspirante a su vez a la hegemonía en un bloque representado por la fuerza social del trabajo como eje y, en torno a él, las clases medias, los hombres de cultura, etcétera. Cuando se llegue al segundo decenio de nuestro siglo, el unanimismo sobre lo español y los españoles estará inevitablemente roto; sobre la vasta extensión de la geografía social española, una pluralidad de fuerzas se disputan los reducidos, torreones y trincheras de lo ideológico, proponiendo cada una su «tipo» de español. Verdad es que ningún esquematismo sirve para diagnosticar semejante situación; el subsuelo arcaico de las mentalidades persiste bajo la arquitectura de ideas que responden a un condicionamiento social más reciente. Y así vemos subsistir una idea «tridentina» de la *honra* femenina en el «Juan José» de Dicenta, que quiere ser gesto de protesta social, y coexiste el valor-honor con el valor-solidaridad. La oposición entre *señor* (carga positiva) y *señorito* (carga negativa) que hace Machado es compartida por la mentalidad preponderante.

Sin embargo, hay que retener que la imagen que los españoles se hacen de ellos mismos al final del XIX y comienzos del XX responde: a) a la quiebra de unos valores hasta entonces dominantes emanados tiempo atrás de una sociedad de hegemonía noble-terrateniente; b) a una falta de perspectiva del género pequeño-burgués que pretende dar como defectos constantes de los españoles rasgos que provienen de un condicionamiento social ya caduco (en el siglo XVII, el pícaro, el vagabundo, el «hidalgo cansado»; caducidad puesta al desnudo cuando el sistema canovista fracasa tanto con la pérdida de las colonias como en su incapacidad *estructural* y *funcional* de modernizar la sociedad española; c) a la lucidez de una minoría que columbra un nuevo tipo de español que surgirá de un nuevo condicionamiento social con una nueva estimativa.

La mixtificación de un tipo español cortado por el mismo patrón ha terminado su tiempo histórico. Bueno... «aún tendrá luengo parto de varones / amantes de sagradas tradiciones», como anunció Machado. Pero eso de que el español es de esta manera o de aquella, porque sí (individualista, orgulloso, austero, bravío, místico, poeta y guerrero, pero jamás científico), todo ese repertorio de lugares comunes ha entrado ya en el museo de arqueología intelectual. Cuaquier estudiante de Historia sabe hoy que las llamadas «constantes» históricas no son sino fenómenos del ciclo de larga duración o del ciclo medio; cualquier estudiante de Sociología sabe que una sociedad enmarcada nacionalmente tiene una estructura complejísima, que condiciona en función de ella diversos comportamientos y escalas de valores. La psicología colectiva que hoy da sus *primeros* pasos con apoyatura científica es una *psicología social*. Su aplicación a este o aquel ciclo histórico puede abrir los cauces de una verdadera tipología de los españoles. ■ M. T. DE L.